

Aquí cazaron indios

JAMES GALVIN

Traducción de Luis Murillo Fort

gatopardo ediciones 

Título original: *The Meadow*

© James Galvin, 1992

Esta edición ha sido publicada gracias a un acuerdo con Darhansoff & Verrill Literary Agents, a través de International Editors & Yáñez Co. S. L.

© de la traducción: Luis Murillo Fort, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.^o-1.^a

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: *Return from the Hunt* (1934), Frank Tenney Johnson

Imagen de solapa: © Adèle Godefroy

ISBN: 979-13-991088-4-2

Depósito legal: B 22358-2025

Impresión: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro lo escribí para Emily

A menudo se me permite regresar a un prado
como si fuera una escena imaginada por la razón,
que no es mía, pero es un lugar creado
que es mío, tan cercano al corazón,
un pastizal eterno plegado en toda su idea
así hay un vestíbulo allí dentro
eso es, un lugar creado, producido por la luz
desde donde las sombras que se forman caen.

Desde donde se caen todas las arquitecturas que soy
digo que se asemejan al Primer Amado
cuyas flores arden para alumbrar a la Dama.

Ella eso es la Reina Bajo la Colina
cuyas huestes son un disturbio de palabras dentro
de las palabras
es decir, un campo plegado.

Es solo un sueño donde la hierba sopla
hacia el este en contra del origen del sol
en una hora, antes de que baje el sol
en cuyo secreto vemos el juego de los niños
un corro de rosas dicho.

A menudo se me permite regresar a una pradera
como si fuera una de las propiedades de la razón
ciertos límites detienen previniendo el caos,
ese es el lugar del primer permiso,
eterno presagio de lo que es.

ROBERT DUNCAN¹

1. Robert Duncan, *Tensar el arco y otros poemas. Antología poética (1939-1987)*, trad. de Marta López Luaces, Bartleby Editores, Madrid, 2011.

PRIMERA PARTE

El mundo real funciona así: los montes Never Summer como un amasijo de cristales rotos. Los campos nevados lloran lágrimas lentas. El lago Chambers, bordeado de árboles, recoge agradecido ese goteo en su cáliz de estaño y, a cambio, devuelve a los montes su propio reflejo. Esto es el mundo real: indiferente, sin cargas.

Dos ríos fluyen desde extremos opuestos del lago, como dos cabos de una madeja que estiraran al mismo tiempo. El Laramie discurre por el valle y la ciudad de idéntico nombre antes de desembocar en el río San Lorenzo. Desde la orilla contraria, el Cache la Poudre se abre camino a través de una profunda garganta para verter sus aguas en el Jesús María. En la localidad de North Platte (Nebraska) las dos bifurcaciones —norte y sur— confluyen, y las separadas y muy viajadas aguas del lago Chambers vuelven a unirse en matrimonio.

El mundo real funciona así: bajando desde el lago, sierras arboladas como lentas olas de verdor cesan bruscamente para agolparse cual descreídos pero estoicos refugiados a la espera de obtener permiso para echar a andar por la extensa pradera en dirección a Nebraska, donde las aguas convergen y forman una enorme isla interior, grandes extensiones de estados rodeados de agua. La isla en cuestión nada sabe de estados; el mundo real es la isla.

En la isla hay un islote, una pradera ofrecida en sacrificio entre los montes, un prado que luce un collar de ca-

nales, dispuesto concéntricamente en el interior del verde más oscuro de los pinares, el verde grisáceo de la salvia y el ocre de las matas de hierba.

La historia de esa pradera es una letanía de caprichosas fases climatológicas, un modelo de sucesión cíclica. Aquí cazaron indios en verano, pero que nosotros sepamos nunca hibernaron en estos lares, al menos por voluntad propia. Son las tierras cultivadas de mayor altitud en esta estribación del Medicine Bow, no hay otro terreno visible al mismo nivel. En la escritura de propiedad han figurado cuatro nombres diferentes, el primero de ellos se remonta a hace apenas un centenar de años.

La historia de ese prado funciona así: nadie es su propietario ni lo será nunca. Las personas, ahora convertidas en fantasmas, eran fantasmas ya entonces; como espectros atravesaron el prado y como espectros se alejaron de él, pensando que no se movían de sitio. Aprendieron a declamar las estaciones y aprendieron la repetitiva labor que las estaciones requieren.

Solo una de aquellas personas logró establecerse aquí. Duró casi cincuenta años. Capeó muchos temporales. Con un telón de fondo de belleza natural, llevó una existencia desprovista de todo salvo de un territorio. Vivía tan cerca del mundo real que este casi lo acogió en su seno.

Hacia el final no tenía nada, como si la perdida fuese una hoguera en la que purificarse una y otra vez, hasta que dejó de ser para siempre un fantasma.

Tal como la gente ve la televisión mientras come —alzando la cabeza para mirar la pantalla y bajándola otra vez al plato—, así es como Lyle mira la pradera desde la ventana orientada al sur cuando toma el desayuno. Está enganchado a la trama, no quiere perderse detalle. Mira por encima del borde de su tazón al dar un sorbo.

El pasto está enterrado bajo medio metro de nieve, que con esta luz se ve gris pero no sucia. Ramas de sauce desnudas lo parten por la mitad con una franja anaranjada. Cada año la nieve intenta memorizar, a ciegas, el paisaje, como si fuera el paisaje el que hubiera de fundirse al llegar la primavera.

El viento ha limpiado un par de los oteros que circundan el prado y la salvia de un tono gris plata se diría que palpita. Más arriba está la primera línea de árboles, donde estos comienzan, o terminan, según, todavía negros pese a que detrás de ellos el cielo, de un voluntarioso azul, se ha iluminado. Esta mañana nada se mueve en la pradera.

Dieciséis alces atravesaron ayer la ladera, más arriba del prado, a toda velocidad. Lyle se imaginó lo que habrían hecho con el cercado del lado de levante, allí donde queda cubierto por los ventisqueros. Avanzaban sin notar siquiera las púas gracias a su pelaje invernal. Iban arrastrando alambre roto por el monte, esparciéndolo como si fuera espumillón. En primavera encontraría los fragmentos metálicos como zarcillos de escaramujo creciendo a lo largo

del suelo. Eso, a diferencia de años anteriores, ya no le fastidia. Se figura que los alces han estado atravesando esa sección de bosque para forrajar en el lado norte de Bull Mountain desde mucho antes de que nadie levantara una cerca y se cabreara cuando los alces la hacían pedazos. Ahora Lyle utiliza alambre para empacar, que es más liviano; se rompe fácilmente y siempre por el mismo sitio, y así los alces no lo arrastran tanto ni se llevan las estacas.

El primer sol alcanza el prado y la ventana de la cocina, y es como si hubieran encendido luces navideñas. Los árboles pasan del negro a un verde loden. La nieve adquiere un suave azul eléctrico y lanza chispas.

Un gorrión corona blanca se posa en una rama de un pequeño enebro, la rama se comba y vuelve a su posición anterior. «¿Cómo has tardado tanto?», dice Lyle. El gorrión da un brinco hasta el alféizar mientras un carbonero se posa y empieza a columpiarse en la rama que el otro acaba de abandonar. «Y tú qué, alegre cabroncete, tú tampoco pierdes el tiempo, ¿verdad?»

Lyle estira lentamente sus rígidas articulaciones al tiempo que se levanta de la silla y camina arrastrando los pies (no se ha atado aún los cordones de las botas) hacia la estufa de leña. Coge el plato con la tortita sobrante, vuelve a la mesa y toma asiento. Abre la ventana un par de centímetros —no tanto como para que se cuelen los pájaros y luego se maten intentando salir—, toma un pellizco de tortita caliente y lo desmigaja sobre el alféizar exterior. «Por dioserillos.»

Cuando los primeros visitantes del día han dado cuenta de las migas y echado a volar, Lyle coge un periódico de hace dos meses que le trajo Ed Wilkes y se pone a leer, pero poco después lo interrumpe un picoteo en el cristal de la ventana. Esta vez se trata de un junco, y acto seguido reaparece el carbonero, saltando de rama en rama y gorjeando

sin parar. Lyle les da unas migas. Al carbonero le dice: «No sé por qué coño estás siempre tan contento».

Se oye un barullo de gorjeos y graznidos junto a la puerta principal. Lyle se levanta con esfuerzo de la silla, lleva otro pellizco de tortita hasta la puerta, la abre y se detiene en el umbral. El estridente graznido pertenece a un arrendajo azul, que levanta el vuelo del cable donde se ha posado en cuanto ve abrirse la puerta. Sabe por experiencia que le pueden lanzar piedras y bolas de nieve. A la hilera de gorriones que han regresado a la perchera Lyle les dice: «Ese cara fea no os molestará más». Todos a una, descienden para posarse en la palma de la mano que él les tiende. Picotean migas y vuelven volando a su perchera como niños glotones a la espera de otra oportunidad. Cuando no queda ni rastro de la tortita Lyle vuelve adentro y friega los platos.

Una vez, volviendo del pueblo, vi la camioneta de Lyle aparcada frente al Wooden Shoe. Me detuve para saludar. Lyle estaba construyendo una nueva cerca para el huerto y, al acercarme yo, levantó una mano indicando que no me aproximara más. Luego apoyó la pala en la estaca que se disponía a colocar y cruzó lentamente el huerto hasta una barandilla sobre la que se había posado una golondrina. Lyle se quitó el guante y con el envés de un grueso dedo índice, le tocó suavemente la garganta, deslizando a continuación el dedo, una sola vez, hasta el pecho del ave. Volvió a ponerse el guante, se alejó unos pasos, y la golondrina alzó el vuelo.

«Esas golondrinas, vistas de cerca, son la cosa más tronchante que te hayas echado a la cara —dijo Lyle—. Vuelan como ángeles, y cuando las ves de cerca parecen payasos en miniatura. Ya te digo.»

A Lyle le ralea el pelo y lo tiene del color de la hierba del año anterior que, al llegar la primavera, asoma de entre la mucha nieve acumulada. Se lo corta él mismo, de modo que en la parte de arriba lo tiene nebuloso, mientras que detrás se aprecian tajos sin ton ni son sobre su pescuezo colorado con arrugas gruesas como alambre de cerca.

Podría decirse que es feo, de no ser por su muy saludable aspecto: mentón y nariz alargados, boca ancha, ojos de un azul claro tan hiriente que, cuando te mira, te hace pensar en algo de lo que te avergüenzas. Es como si pudiera olerle los pies a tu alma.

Jamás he visto a un desconocido aguantarle la mirada. Y no porque él intente algo, no. Lyle simplemente te mira. Le conozco desde que yo tenía dos años. No hay nada que él no sepa de mí, y esa es la única razón por la que puedo mirarle a los ojos.

Lyle tiene sesenta y tres años. Cuando se sienta en una silla de respaldo recto parece doblarse por la mitad, como una prenda interior de cuerpo entero recién planchada y doblada; la horrible postura de alguien que suele estar extenuado antes de permitirse tomar asiento: las piernas cruzadas, las manos en el regazo, los hombros casi líquidos.

Cuando se ríe de un chiste deja ver mucho oro tras la dentadura. Y en sus ojos resplandece ese azul lejanía tan suyo.

He aquí el primer sueño: Lyle sigue siendo Lyle, todavía conduce el Studebaker del 59 que por lo fino que va se diría que lleva un motor eléctrico, no de gasolina, pero se nota que es un sueño cuando va con el coche a Denver: es esa clase de detalle que permite al que sueña saber que está soñando incluso durante el sueño.

El que sueña, fuera de este sueño concreto, solo ha visto a Lyle alterado en una ocasión. Fue la vez que Clara, su hermana, se metió su rifle en la boca y dejó los tablones sin desbastar de la habitación decorados con sus sesos. Por regla general, es un hombre imperturbable. La vez que se le incendió la empacadora Lyle no pareció darse mucha prisa en apagar el fuego.

En este sueño casi llora de miedo por el mero hecho de estar en Denver. Llega a la casa donde mi familia vivió durante un tiempo. La camioneta va cargada de cintas métricas de diversos tamaños, todas ellas desenrolladas. Las hay tan grandes como bobinas de acero, tal como salen de fábrica. Empezamos a descargar, pero nos es imposible porque nos estamos cortando las manos, y resulta que no tenemos guantes. Los ojos de Lyle parecen rayos láser azules. Sus lágrimas brillan como gotas luminiscentes. Entonces los dos nos echamos a llorar porque no podemos descargar las cintas y Lyle no entiende las indicaciones para salir de la ciudad. Me ofrezco a acompañarle pero me dice que no y que las cosas tienen demasiadas instrucciones y

así no hay manera de volver a ninguna parte, y que, además, alguien debe quedarse aquí con las cintas, que, misteriosamente, se han descargado solas mientras nosotros hablábamos y llorábamos.

Así pues, nos damos la mano, a cuál más rajada y ensangrentada, ambos llorando sin consuelo porque sabemos que Lyle no sabrá salir de Denver y no podrá volver a Sheep Creek, pero él se marcha igualmente y yo me quedó allí plantado con todas las cintas métricas esparcidas por el jardín de una casa en la que ya no vivo.

Yo también quisiera irme a Sheep Creek, pero no puedo por culpa de estas cintas métricas de diferentes tamaños, tan pesadas que no hay quien las levante, tan cortantes que si las toco no hago sino convertir mis ya magullados dedos en espaguetis. Ni siquiera puedo decir adiós con la mano como es debido.

Los primeros propietarios de la pradera de Sheep Creek (los indios, ya he dicho, nunca pasaban el invierno en estas montañas) solo trataban de esconderse. No es que fueran a ver si les gustaba el lugar. En aquel entonces aún era posible instalarse en un prado de siega de mayor tamaño, más cerca del pueblo y no tan arriba, y así evitar quedar sepultado en vida durante seis meses al año. «Eran ladrones de caballos, o xenófobos o algo así», dijo Lyle.

El segundo nombre que aparece en la escritura es el de App Worster, un hombre sobradamente capaz de hacer funcionar aquel sitio. Construyó kilómetros de cercado, metros y metros de caños de madera, una casa, un granero, un establo, alpendes, corrales. Utilizaba caballos para recolectar el heno, y allí donde la segadora no alcanzaba, era él mismo quien segaba la hierba con la guadaña. Trabajó siempre de sol a sol, prueba de que el precio de la independencia es la esclavitud.

Sucedió en tiempos anteriores a las leyes sobre la caza, de modo que App podía hacer acopio de ciervos y alces, antílopes, urogallos, truchas. Más allá de la cerca de su propiedad no había entonces ninguna otra cerca, lo que permitía a App sacar a sus vacas en verano y traerlas de vuelta en invierno para alimentarlas con el heno que había segado en la pradera.

Lo que acabó arruinándolo fue intentar mantener con vida a sus esposas. Cuando se le murió una, se casó con la

hermana de la difunta. Cuando la hermana falleció, entre la una y la otra habían dejado cuatro hijos y tantas facturas del médico que App hubo de renunciar a su libertad para no acabar en la cárcel.

Los terceros propietarios no se le parecían ni de lejos. Perdieron la finca durante la Gran Depresión.

Blanca como la muerte y el doble de fría, matemática, se nos ofrece como símbolo de la quietud absoluta, del aislamiento total cuando llega hasta el alféizar y durante un tiempo nadie va a ninguna parte, o cuando, llegado marzo, los ventisqueros son tan altos o más que los tejados de las casas. La nevada es más gruesa arriba en el Deadman, donde nacen todos nuestros arroyos, donde los árboles le peinan la nieve al viento.

A veces, en verano, el aire es tan seco que la lluvia se evapora antes de tocar el suelo. Y cuando llueve mucho la tierra no puede absorber tanta agua. Inunda los caminos y se escurre por la superficie del pasto. Aquí los seres vivos dependen de la nieve que se funde en las laderas y en el bosque alto para alimentar manantiales y arroyos, llenar el embalse, inundar kilómetros de acequias, reverdecer el prado.

Lyle está abajo, segando. Desde aquí arriba en la colina, junto al guardaganado, el Farmall parece una barcaza semiabundante que va corriente arriba conforme hace su primera pasada por la densa hierba timotea que bordea la hilera de sauces a lo largo del riachuelo. El tractor va hacia delante pero Lyle mira hacia atrás, observa cómo las cuchillas de la barra segadora cercenan la hierba crecida. Avanza mirando hacia atrás, dirigiéndose en espiral hacia el centro del campo.

Un coyote sigue al tractor a unos tres metros escasos de la máquina. De vez en cuando da un salto como si algo le hubiera picado. Está atrapando los ratones de campo que la segadora ahuyenta a su paso. Lyle no le presta la menor atención.

Muchos le pegarían un tiro al coyote si lo tuvieran tan cerca, razón por la cual mucha gente se mantiene a una distancia prudencial. Este coyote no es la mascota de Lyle; nadie puede domesticar a los coyotes, aunque los cojas de cachorros. Ahora bien, es lo más cercano a una mascota por lo que a Lyle se refiere. No quiere tener perro ni gato por miedo a tomarles demasiado cariño.

Lyle admira a los coyotes más o menos por las mismas razones por las que casi todo el mundo los odia. Para empezar, el coyote corriente es más listo que el humano corriente. Por eso cuesta tanto atraparlos, y por eso no han seguido el camino de los lobos. Luego está su resistencia y

su inquebrantable sentido de la independencia: si por un leve despiste uno de ellos cae en una trampa, deja allí la extremidad amputada y se larga como si tal cosa.

El precio a pagar por dicha actitud es que tienen que esforzarse más que muchos animales para seguir con vida. Se alimentan fundamentalmente de ratones e insectos. Si un día tienen suerte o son lo bastante listos para pillar algo más grande, se sienten invadidos de gozo y de amor al prójimo. Se entusiasman, vaya. Armonizan soledad y tristeza y les da igual que a otros les guste o no.

De los coyotes Lyle dice: «Lo que está claro es que nunca se compadecen de sí mismos».

Cuando termine la faena bajará del tractor, apagará el motor e irá hasta donde el coyote aguarda sentado, mirándole sin más. Le arrojará al bicho una piedra o un tarugo de madera y dirá: «¿No sabes que es mejor no acercarse tanto a las personas?». El coyote, alejándose indiferente y volviendo de vez en cuando la vista atrás para observar a Lyle, lo sabe, claro está. Conoce la diferencia entre este hombre que vive solo en el prado, verano e invierno, y los que ponen trampas y veneno y le apuntan con una carabina modelo .30-30 Winchester desde la ventanilla de una camioneta. Este humano en concreto tiene un grado de conciencia casi a la altura de la del coyote.

De Raymond también se fían los coyotes, pero seguramente lo tienen por un sentimental: les echa comida de perro. Ray y Lyle pueden tirarse toda la noche discutiendo sobre el mayor o menor atractivo de alces, uapitíes, lobos u osos pardos, pero en lo tocante a coyotes sus opiniones coinciden. «Admirar al coyote es fácil porque es un forajido —afirma Ray—, pero ya me dirás tú quién admira a una oveja.»

Cada año, cuando Ray drena la presa, aparecen truchas aquí y allá en las charcas al pie del dique. Una vez, en agosto, un coyote hembra se presentó con sus dos cachorros para enseñarles un par de cosas sobre el arte de la pesca al estilo coyote. No había salido aún el sol, pero el animal no contaba con que un borracho puede estar despierto a cualquier hora, y aquella mañana Raymond los sorprendió. La coyote, sin dejar de observar a Ray, hizo saber de alguna manera a sus cachorros que debían ponerse a cubierto. Ray intentó hablar con ella y, al cabo de un rato, la coyote decidió que el humano era inofensivo, por no decir bastante admirable.

A la mañana siguiente compareció junto a la esclusa, a plena vista de la casa. Había una lata abierta de comida para perros. Ray observaba desde la cocina, tomando café instantáneo. Después de aquello los tres coyotes se acercaron a plena luz del día. Desde la casa, Ray y Margie Worster los miraban chapotear y retozar en el agua somera, devorar

casi una fanega de truchas por cabeza y, con la tripa bamboleándose por el atracón, alejarse hasta dar con alguna sombra donde pasar el resto del día y, tal vez, aullar un poco al caer la tarde.